CAPILLA ALFONSINA

XXXII

Un huésped y un portero

En la mañana del día del triunfo de los republicanos, después de la agitada noche en que don Plácido y Caralmuro salieron de la prisión, determinaron ambos salir en busca de Alejandra y Margarita.

Don Plácido conocía el mesón en que ellas estaban, y allí fué, por consiguiente, adonde se dirigieron primero.

El huésped era el mismo, pero el mesón había sufrido una gran variación en sus habitaciones: un cuerpo de caballería se alojaba allí en aquellos momentos, de orden de las nuevas autoridades.

Unas compañías habían entrado ya, y otras estaban todavía formadas en la calle; oficiales, soldados, asistentes, mujeres, todos entraban y salían, haciendo un ruido

infernal, arrastrando las espadas, tirando del ronzal caballos y mulas, pisando perros, hablando, gritando; aquello era una torre de Babel, era casi imposible penetrar allí.

Por fin, á fuerza de trabajos, Caralmuro y don Plácido llegaron á la administración: el huésped estaba atarantado verdaderamente; quién le pedía la llave de un cuarto, quién le preguntaba por pastura, quién se metía como «Pedro por su casa», hasta la mesa de la administración, y se ponía á escribir descansadamente; el pobre hombre contestaba al uno, reconvenía al otro, detenía al de más allá que se llevaba una escoba, ó que se salía con la pluma tras de la oreja.

Los momentos no eran de lo más oportunos para averiguar; pero la cosa era de lo más urgente para Caralmuro y don Plácido, por la misma presencia de la tropa en el mesón.

— Dispense usted, señor, dijo don Plácido: ¿vive aún aquí la familia que estaba el otro día, bajo el nombre de Ladislao Pamplona?

— ¡Ladislao! dijo el huésped...

— ¡La llave del catorce! gritó un soldado.

— ¿Para qué? dijo el huésped.

— Es el alojamiento de mi capitán Rojas.

— Con permiso de ustedes, voy á dar esta llave.

El huésped entró con el soldado y le entregó la llave. En el momento de salir llega un oficial.

— Amigo, ¿no nos puede abrir aquel cuarto grande que está cerca de los macheros?

— ¿Cuál?

— Uno muy largo que dice: «Cal».

— ¡Pero señor, si no les sirve de nada! Allí se guarda la cal, y tengo ahora un poco de madera.

—¡Si no más es para guardar las sillas de la compañía!

— Está muy sucio.

— No le hace, deme la llave.

El huésped se armó de paciencia.

— Aquí está la llave; no más que no me tiren la madera ni me la vayan á coger para la lumbre, porque es fina.

— No tenga cuidado.

— Conque decían ustedes que una familia...

— Que vivía en el 33: dos señoras y un muchacho.

— ¡Ah, sí! que le decían...

— Amigo, dijo llegando otro oficial: ¿no pudiera darnos una caballeriza chica que está allá dentro?

— Señor, tengo allí mis animales.

— ¿Qué le hace? Al fin es por poco tiempo; y usted ha de tener por aquí alguna casa conocida adonde llevarlos; es para los caballos del coronel.

— ¿Cuántos son los caballos?

— Dos del coronel, dos de los asistentes, y una mula.

— Mire usted, los dos del coronel caben con los míos, pero los demás no.

— Puede que quepan; vamos á ver.

— Vamos: con permiso de ustedes, señores.

El hombre tardó en volver como una media hora.

— Conque sí... dos señoras y un muchacho que le decían el ardillo.

— El Cacomixtle, dijo don Plácido.

— Eso es, el Cacomixtle; me acuerdo... Oiga, oiga, soldado, ¿á dónde se lleva esos costales? déjelos.

— Son para la pastura.

— No: déjelos ahí.

— Es orden del mayor.

— ¿Adónde está el mayor?

— En su alojamiento: vamos á verle.

— Vamos: si él me responde, los llevará; si no, no. Señores, con el permiso de ustedes, vuelvo.

— ¿Será esto cosa de nunca acabar? dijo don Juan.

— Así parece, contestó don Plácido. ¡Pobre hombre! le van á volver loco.

— Y á nosotros también.

— Ahí viene.

El huésped llegó diciendo:

— Un momento, un momento: no más le entrego á este soldado unos costales, y que me den el recibo.

Fué preciso esperar que entregase los costales y que le pusieran el recibo.

— Aquí estoy ya; pero señor, esas señoras se fueron

CAPILLA ALFONSINA

hace ya muchos días; ahora en el 33 está parte de la banda de este cuerpo.

— ¿Y sabe usted á dónde se fueron?

— El muchacho me dijo que se iban para Mexicalzingo.

— Señor, ¿no tiene usted un colchón que prestar para mi teniente, que está enfermo? dijo un asistente.

— Vamos á ver si hay: señores, con el permiso.

— Nos vamos nosotros: hasta luego, y gracias, dijo don Plácido.

Los dos se dirigieron á la puerta del mesón; la guardia estaba ya colocada.

— ¡Atrás! dijo el centinela.

— ¿Por qué? preguntó don Juan.

— No hay orden. ¡Cabo cuarto!

— ¿Qué ocurre? preguntó el cabo.

— Estos paisanos quieren salir.

El cabo miró al oficial de guardia.

— ¡Salen! dijo el oficial.

— ¡Salen! repitió el cabo.

El centinela terció su arma, y don Plácido y Caralmuro se encontraron en la calle.

— Ahora sí estamos mal, dijo don Juan; ¿dónde buscarlas?

— Vamos á la casa, y de allí iremos á caballo por el rumbo de Mexicalzingo, á ver si están allí ó las vemos por el camino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Me parece muy bien.

. . . . . .

. . . . . .

Margarita y su hija seguían esperando en el zaguán: Cacomixtle se asomaba continuamente hasta la mitad de la calle.

— ¿Tardarán mucho? preguntó Margarita al viejo portero.

— No sé, contestó secamente el viejo.

— ¿No vendrán á comer?

— Ellos lo sabrán.

Y el viejo, sin más miramientos, se metió á su cuarto.

De repente se oyó el ruido de un carruaje, y el cupé de don Juan entró hasta en medio del patio.

El portero salió de su cuarto, un lacayo abrió la portezuela, y don Juan y su amigo bajaron del coche y se

dirigieron á la escalera, sin ver al Cacomixtle ni á las dos mujeres que no se atrevían á hablar.

— Señor, dijo el portero á don Juan, ahí están dos señoras esperando á su merced: ¿les digo que no está aquí su merced?

— ¿Qué quieren?

— No me han dicho.

— Diles que vengan.

Don Juan se detuvo al pie de la escalera, y don Plácido, que había subido ya algunos escalones, volvió para ver á las señoras.

Margarita y Alejandra, conducidas por el portero y seguidas de Cacomixtle, se acercaron. Don Juan no las reconoció, pero don Plácido inmediatamente bajó gritando:

— ¡Alejandra, don Juan! ¡Alejandra y Margarita!

— ¡Margarita! ¡Alejandra! ¡Hija mía!

— Sí, don Juan, dijo don Plácido; su hija, su esposa, que usted confió á mi cuidado y que Dios se las vuelve.

Don Juan estrechaba contra su pecho aquellas dos cabezas: don Plácido, enternecido, contemplaba la escena; el portero estaba en babia.

Caralmuro comenzó á subir las escaleras abrazado de su hija y de su mujer, y don Plácido y el Cacomixtle, sin hablar una palabra, subían también tras ellos.

— ¡Buena la hice! decía el portero; si me guardarán rencor... Al mejor se le va la liebre; ya Dios dirá.